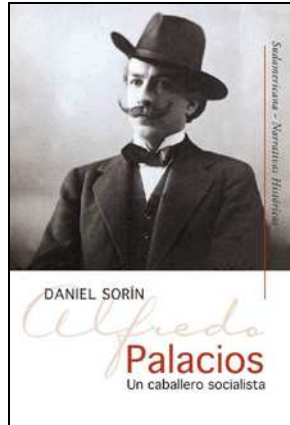


Daniel Sorín

Palacios.
Un caballero socialista

Capítulo 1 y 2



1

Mi nombre es Washington Cruz y hoy cumpla setenta años. Estoy en mi taller, una pequeña construcción de madera con techo de chapas y piso de ladrillos en el fondo solitario de mi casa. Son las diez de la mañana de un domingo fresco de julio en un suburbio de Buenos Aires; puedo escuchar el silencio apenas cortado por los pájaros, el gallo de don Vicente y los ladridos esporádicos de los perros.

Esta diáfana mañana estoy seguro de comenzar a ser un viejo. En algún momento se empieza. Dentro de unas horas vendrán mis hijas y la casa se inundará

con los ruidos de los más pequeños. Todos me dese-
rán felicidad entre suaves caricias, pero ahora, solo,
frente a las maderas a medio trabajar, he decidido co-
menzar mi vejez pagando una antigua deuda.

2

Bien entrada la noche, con el cuerpo congelado y
las manos sacudidas por temblores, Alfredo L. se echó
en la cama. Lo hizo sin hacer el más mínimo ruido, no
quería que nadie lo viera en su penosa condición.

Había caminado casi dos horas bajo una lluvia
fría tratando de aplacar la cólera amarga, había deam-
bulado sin rumbo por las calles estrechas de la ciudad,
esperando el momento en que su ánimo se sosegara y
su inteligencia le abriese el camino a la comprensión.
Sin embargo, había sido inútil. Su mente sopesó, midió,
comparó y juzgó, pero tal juicio no se transformó en
una razón, de manera que la paz no se hizo presente.
Ahora, mientras sus piernas bajaban por las sábanas,
sabía que esa pasión no emigraría a la mañana siguien-
te, ni al otro día, ni siquiera el mes próximo. Cerró los
ojos tratando de dormirse con la certeza de que no se
libraría de ese sentimiento hiciese lo que hiciese.

Y así fue, Alfredo L. jamás olvidó lo que le había pasado esa tarde y conservó por siempre un odio resentido, la humillación y el dolor muy adentro, muy en el invisible fondo de su alma.

Ya porque la lluvia hizo su efecto, ya porque la deshonra sufrida horadó sus defensas, esa noche Alfredo L. fue presa de la fiebre. Los ardores y la alta temperatura arrasaron tanto su cuerpo como su alma, en tales circunstancias su espíritu tuvo una pesadilla, un delirio o una premonición.

Corría el año 1894, Alfredo L. tenía dieciséis años y la tarde del 29 de septiembre tenía que hablar en el Centro; el padre Grote lo había invitado a hacerlo y allí estaba, ante un público atento, con la presencia del mismísimo arzobispo. Se había preparado releyendo el Libro de los Jueces y el Deuteronomio, había pasado la noche anterior en vela estudiando las enseñanzas de Amós y de Isaías. Los profetas hebreos resonaban en sus oídos cuando avanzó hacia el estrado, diez interminables metros caminó mientras su mente bullía, casi podía escuchar la sentencia del Crucificado, una voz áspera diciéndole que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico ganase el cielo.

Horas después, bajo la lluvia, recordó las palabras pronunciadas, una por una. Había dicho lo que había aprendido, nada que no estuviese en los libros de los viejos profetas y en los sagrados evangelios. Las enseñanzas del Señor, que fue pobre, que tuvo hambre y que nunca aceptó el cobijo de los poderosos. ¡Qué esperaban que dijese! Podía ser que la paciencia fuese,

como decían, la joya del sabio, pero el hambriento no tenía tiempo, no podía, no debía esperar.

El público lo había aplaudido con ganas y él había bajado del estrado satisfecho, en su emoción creyó percibir que el padre Grote lo aprobaba meneando su cabeza de arriba hacia abajo. Pero después, caminando bajo la lluvia, no pudo estar seguro de si efectivamente su mentor había, en ese primer instante, consentido sus palabras.

La cosa no resultó como él la había imaginado. El arzobispo, hombre poderoso y de insuficientes palabras, había deslizado en los atentos oídos del padre Grote que ese joven tan entusiasta debería ser más prudente.

—Usted sabe, conviene no exagerar —le dijo sin mediar ninguna sonrisa apaciguadora.

De manera que a los pocos minutos un monaguillo había cruzado el deshabitado patio y le había pedido a Alfredo que lo acompañase, que el padre quería hablar con él.

—Sabés, Alfredo, no conviene exagerar.

—¿Exagerar?

—Hay quienes pueden malinterpretar nuestro mensaje si lo hacemos de manera tan vehemente.

—...

—Alfredo, el agua caliente no hace más que quemar —dijo el padre Grote, sorprendido por la espontánea brillantez de su metáfora.

Pero, ajeno al encanto poético, Alfredo le contestó:

—¡Jesús odiaba a los tibios!

—Prefería a los pecadores pero...

—¡Murió por los pobres! —lo cortó Alfredo.

—Murió por todos —le contestó el padre, a quien no le gustaba que lo interrumpiesen.

—Murió por los pobres —volvió a decir Alfredo, terco, al borde de las lágrimas.

La discusión terminó cuando el sacerdote le dijo que era demasiado joven e ignorante para pretender corregirlo a él. Le hizo un gesto con la mano para que se retirara, un movimiento cargado de desprecio, y con Alfredo ya de espaldas, le dijo que Su Excelencia el arzobispo también había reparado en su error, pero que, afortunadamente, no estaba, como él ahora, anoticiado de su vanidad e insolencia.

Federico Grote había nacido en la ciudad de Münster, en la Renania alemana, y tenía por entonces cuarenta años. De joven había cursado Humanidades para después ingresar en la Congregación del Santísimo Redentor de Treveris. Pero a los veinte años fue desterrado de su país junto con todos los miembros de su orden como consecuencia de las agrias luchas religiosas de esos días, de manera que sus jóvenes huesos fueron a parar a Luxemburgo. Fue allí que se afilió al catolicismo social y cinco años después era ordenado sacerdote.

Por esa época la Iglesia, temiendo ser barrida por las ideas del progreso, buscaba ponerse a tono con los nuevos tiempos. Los intérpretes de los incognoscibles designios divinos acuñaron entonces preocupaciones sociales, y Federico Grote fue uno de los jóvenes sacerdotes que trabajaron con ahínco para ese fin. En 1879 cruzó el océano para anclar en el Ecuador, primero en Guayaquil y después en las alturas de Quito. Fue

allí, una tarde de oprobioso calor, que se enteró de la nueva encíclica. Aturdido, alzó los puños y la mirada al cielo y gritó eufórico su alegría contenida. Efectivamente, el santo padre León XIII había dictado la *Rerum novarum* que, como su título expresa, trata acerca de las nuevas cosas. En ella declaraba la propiedad privada como un derecho natural, pero dentro de los límites de la justicia. Pequeño, sutil, para algunos endemoniado cambio. La *Rerum novarum* condenó al capitalismo y a las ideas socialistas de tan lamentable boga por materialistas y antirreligiosas. Aborreció la lucha de clases pero reconoció el derecho de los trabajadores a un salario justo y a formar sus propias organizaciones.

Cinco años después Federico Grote hizo su desembarco en un puerto sureño, una ciudad gris que aún luchaba contra los olores nauseabundos de sus calles; en Santa María de los Buenos Aires el buen alemán fundó los Círculos de Obreros Católicos. Entonces, con sus brazos arremangados, se dispuso a luchar palmo a palmo contra socialistas y anarquistas por la propiedad de cada conciencia y de cada alma. En el primer artículo del reglamento de sus Círculos estampó, con mano firme y letra indeleble, que se formaban para promover el bienestar material de la clase obrera, en marcada oposición tanto al socialismo como a la impiedad.

A los pocos meses recaló Alfredo en las dependencias de la organización, muchacho delgado que ya había pegado el estirón de la adolescencia, inquieto y apasionado por la lectura, tenía innegables dotes de orador. Había nacido el 10 de agosto de 1878, era de padres orientales y su segundo nombre se debía, como marcaba la costumbre de la época, a las recordaciones del santoral: Lorenzo, por aquel diácono de la Iglesia romana que durante la persecución del emperador Va-

leriano se negó a entregar los bienes eclesiásticos y los distribuyó entre pobres y enfermos, por lo que fue quemado sobre una parrilla a fuego lento.

El padre de Alfredo había nacido en Montevideo. Era un hombre de tez blanca, ojos negros y mirada penetrante, con melena, media barba, poblados bigotes y ancha frente absolutamente despejada. Aurelio Palacios, tal su nombre, se recibió de abogado en Buenos Aires dos años después de Caseros; fue cónsul de Montevideo pero se mantuvo ajeno a los intrincados vericuetos de la política de su país hasta la invasión del general Venancio Flores, abiertamente apoyada por Mitre. Entonces entró en el Partido Blanco.

Cuando se produjo el sitio de Paysandú, Aurelio marchó a la plaza sitiada junto con el poeta Carlos Guido y Spano, ese mismo que había estado en las barricadas parisinas en 1848 y que era muy amigo de su madre Rosario Bustamante. En el vapor que los llevaba se encontraron con José Hernández, que en Paraná se había embarcado con el mismo destino, dispuesto, él también, a prestar socorro a los sitiados, entre los que se contaba su hermano Rafael, sin saber que para ese momento ya estaba seriamente herido en una pierna producto del fuego de los cañones enemigos.

Enrolado en un absoluto antimitrismo defendió a su compatriota Juan José Soto, pero al entrar en el juzgado fue detenido por orden del Poder Ejecutivo que encabezaba su enemigo.

La madre de Alfredo se llamaba Ana Ramón, mujer de hermoso rostro alargado, grandes ojos negros, boca ancha de finos labios y cabellos brillantes y negros. Vestía con ropas oscuras y llevaba breves aros colgados de sus orejas. Ella también era oriental, naci-

da de la unión entre el español Pablo Ramón y la oriental Felicia Beltram.

Aurelio y Ana no se casaron, lo que nos les impidió tener una cuantiosa progenie compuesta por nueve hijos. El mayor de ellos, nacido en 1865, se llamaba Pablo y, cuando apuntase el nuevo siglo, sería diputado y senador provincial por el conservadorismo. Después de Pablo siguieron Ana del Carmen, Aurelia, Carlos Valentín, Aurelio Gregorio, Isabel Bárbara, Alfredo Lorenzo y Sara Clementina.

Aurelio Palacios tuvo también otra mujer, Dolores Almada, con quien tampoco contrajo nupcias pero a quien ayudó a traer al mundo otros cinco vástagos suyos: Celina, Pedro, Alejandro, Augusto y Octavio que nacieron, todos con buena salud, intercalados con sus hermanos nacidos de las entrañas de Ana Ramón.

De esos catorce hijos Alfredo L. era el penúltimo; cuando tenía un año y siete meses y todavía era el más pequeño, su padre se casó en la Parroquia de Nuestra Señora de la Merced, pero no lo hizo ni con su madre ni con la buena de Dolores, sino con la frágil María Costa, oriental como él y dieciocho años menor, hija de Nicanor Costa, muerto durante la terrible epidemia de fiebre amarilla.

Hombre prolífico como pocos, tuvo con María otros cinco descendientes: Florencio Nicanor Benedicto, Alberto José Benedicto, Nicanor Pascual del Rosario, María Etelvina y María Elisa Mariana.

Como bien lo dijo su hijo Pedro en el juicio sucesorio, nunca había hecho misterio de su paternidad y mantenía, educaba y presentaba como propios a todos sus hijos. Lo cual es más de lo que algunos varones bien casados han hecho antes y después de él.

Acaso porque raro y singular es el comercio entre los hombres y la divinidad, la irregular situación de Ana Ramón no impidió que ésta fuese una cristiana profundamente religiosa, e instruyese como tales a todos sus hijos, hablándoles de las enseñanzas de los evangelios, especialmente el de Mateo, ese arrepentido recaudador de impuestos devenido rabí. Por las tardes sentaba junto a ella a Alfredo y le leía con voz pausada y cristalina las páginas sagradas que tanto amaba.

Alfredo y sus hermanos visitaban con frecuencia la casa de su padre, cuando llegaban era común que María Costa se encerrase en su habitación y rompiera en llanto, a propósito de lo cual alguna vez su suegra Rosario le recriminó en voz alta:

—¿Ahora por qué llorás? ¡Para qué te casaste! Conocías muy bien cómo era la situación.

Ahogada por sus propias lágrimas María apenas pudo decir suplicante:

—Es que no puedo aguantarlo, esto no está bien, no es cristiano.

—Lo que no está bien, hija, es que le andes dando vueltas al asunto.

Doña Rosario se dio media vuelta, pero antes de traspasar la puerta dijo para que a su nuera no le quedasen dudas:

—Ya es tarde, muy tarde para arrepentirse.

A los ocho años Alfredo vivía en la avenida Santa Fe a pocos metros de Paraná. Usaba el cabello corto peinado con raya al costado, saco derecho cerrado con cuatro bolsillos y un pequeño lazo de corbata. Tenía los enormes ojos negros heredados de su madre y una mirada que de tan inquisidora era apremiante.

Cierto día en que caminaba con un amigo por la calle Cuyo hacia la casa de su padre vio venir a un hombre grueso, de gesto introvertido. Le llamó la atención su caminar, tenía más autoridad que pesadez, más decisión que el vulgar paso de los años. Cuando su voz estuvo al alcance de los oídos del hombre le dijo:

—Yo, señor, soy un niño que lee.

Ensimismado en sus pensamientos Sarmiento se paró sin entender. Repitió su mente anciana las palabras del pequeño y en silencio extendió su mano para acariciarle la cabeza.

No escuchó Alfredo ninguna palabra salida de la boca de ese viejo que había sido presidente de la nación, nada escuchó del feroz arquitecto de un futuro aún invisible, del hombre que había sembrado el país de escuelas y sangre. Todavía faltaban años para que Alfredo Palacios estudiase las obras de ese anciano; por ahora, ante el mármol viviente, sólo le había dicho que sabía leer.

Por fin Domingo Faustino sonrió.

—Bien, hijo, así debe ser —dijo.

Indudablemente —pensó mientras se iba—, la Civilización no podía hacer otra cosa que triunfar sobre la superstición y las montoneras con gusto a polvo.

Cuando en 1890 Alfredo terminó la escuela primaria se inscribió para seguir sus estudios en el Colegio Central de la calle Bolívar entre Moreno y Alsina.

El 18 de marzo siguiente llegó de Europa el general Mitre, quien fue de inmediato aclamado como seguro candidato a la presidencia del país. Hombre que

sabía las reglas del juego, reglas que él mismo había sabido fundar, buscó acuerdos. Al día siguiente el historiador de San Martín y Belgrano se entrevistó con el grueso y decidido Pellegrini, y al otro día con el ministro Roca, con quien concertó un "acuerdo patriótico". La fórmula de dicho pacto fue Luis Sáenz Peña y José Evaristo Uriburu.

En alguna de esas jornadas febriles una delegación de alumnos del Colegio Central visitó a Mitre en su casa de la calle San Martín, la misma donde había vivido el virrey Cisneros. Alfredo, conmovido por la experiencia de hablar con semejante personaje, corrió a contárselo a su padre. Lo encontró en su casa, trabajando en su escritorio entre libros de leyes y papeles a presentar en los juzgados. Excitado, le comentó el encuentro con palabras que dejaron notar su admiración. Acababa de pronunciar el nombre de Mitre, y de repente, una cachetada le dio vuelta el rostro. Su padre se paró y con una dureza rara en él le dijo:

—Ese nombre no se pronuncia en esta casa.

Aurelio aún sentía en su alma el desasosiego de la cárcel, recordaba claramente la invasión de Venancio Flores, el sitio de Paysandú, la muerte de su amigo Laureano Gómez y la injusta guerra contra los altivos paraguayos. No, ese nombre no debía ser pronunciado en esa casa y no lo sería, nunca más.

Aurelio Palacios ya llevaba diez años de matrimonio con María Costa cuando supo que tenía una grave enfermedad. Una de las últimas mañanas de ese invierno, consciente de que tenía los días contados, se presentó ante un juez para hacer reconocimiento expreso de la paternidad de sus hijos naturales. Pidió entonces al magistrado que se anotara su reconocimiento al margen de las partidas de bautismo, lo que así se re-

solvió, dejando tal paternidad asentada en las imperecederas actas de la justicia. Hubo en este suceso, acto de un padre prudente o de un hombre dolorido por el arrepentimiento, una zona oscura, un raro olvido, una amarga mueca incomprensible: la nómina no incluyó a la última hija de Ana Ramón, la pequeña Sara Clementina.

Un año y medio después de lo aquí narrado, el 3 de febrero de 1893, murió a los cincuenta y nueve años Aurelio Palacios. Víctima de un cáncer de intestino del que había sido infructuosamente operado, al momento de recibir la extremaunción dijo que no había odiado a nadie y que moría tranquilo.

Aunque él nunca había hecho distingos entre sus hijos, los Palacios Ramón se hallaron en el entierro como extraños. Alfredo, que aún no había cumplido los quince años, tendrá siempre sobre su mesa de trabajo un retrato de su padre pero, ya por piedad ya por rencor, jamás hablará de él. Nunca levantará su dedo acusador pero su alma guardará, imborrables, las marcas con las que la sociedad los hubo señalado a él y a sus hermanos. Marcas que recordará con un premeditado silencio nada parecido al olvido, aun después de que se hubieran hecho invisibles.

Pocos días después de la muerte de Aurelio Palacios sus tres viudas, Ana Ramón, Dolores Almada y María Costa, iniciaron los trámites sucesorios. Lo hicieron por separado pero con un mismo abogado patrocinante, Agustín Roverano; las tres habían amado a Aurelio y respetarían sus deseos. Como los padres naturales no tenían permitida la administración de los bienes de sus hijos menores, el juez designó al doctor Roverano como administrador de los bienes de los menores de Ana Ramón y Dolores Almada.

La pequeña Sara Clementina Palacios Ramón no apareció tampoco en la sucesión y su madre no deseó litigar con nadie. De entre todos sus cuantiosos hermanos Alfredo L. tendría siempre por ella un especial y delicado cariño.

La muerte del padre trajo la penuria económica a la casa de Ana Ramón; Aurelio era un hombre de buena posición pero sus herederos eran demasiados, dieciocho en total: su esposa María Costa y diecisiete hijos. Quedaron excluidas Ana Ramón y Dolores Almada, a quienes la ley derecho alguno les otorgaba, María Elisa Mariana Palacios Costa, que había muerto de difteria a los dos años y medio, y Sara Clementina. Dictada la declaración de herederos se realizaron los bienes, correspondiéndole a María Costa 17.681 pesos y 1.367 a cada uno de los hijos. Alfredo debería esperar la mayoría de edad para verse con ellos.

Algunos meses después llegaron al país los restos de José Manuel Estrada, quien falleciera en Asunción del Paraguay, donde se desempeñaba como ministro plenipotenciario. Los restos arribaron en la corbeta Argentina el día 25 de septiembre y dos días después, en majestuoso cortejo, fueron trasladados en una carroza tirada por ocho caballos hacia el cementerio. Fue un momento de duelo nacional, una multitud conmovida se apretaba en torno a la tribuna desde la cual distinguidos oradores despidieron al muerto.

Alfredo L. estaba designado por el padre Grote para hablar, pero como nadie reparaba en él, ya cansado de esperar, con el ímpetu y desparpajo que brinda la adolescencia, subió al estrado entre empujones y coda-

zos. Esperó que el orador en uso de la palabra terminase y ante la sorpresa de los presentes pronunció un emotivo discurso.

Después, a la noche, disgregada la multitud y ganado el silencio, Alfredo recibió el efusivo abrazo del padre Grote. El sacerdote estaba entusiasmado con ese joven, buen cristiano, de mente despierta y brillante oratoria. Fue en ese momento que tuvo la idea de incitarlo a que hablase sobre el Sermón de la Montaña dos días después ante un público de obreros que irían al Centro con sus esposas y sus hijos.

—Además —le dijo— tendremos la visita del arzobispo.

Pero la cosa no resultó como ambos habían imaginado y Alfredo caminaría durante horas bajo la lluvia, preguntándose en qué se habría equivocado. A la noche sufriría de alta temperatura y deliraría una historia imposible.

Delante de mis ojos había una tela de color marrón, un marrón oscuro como de tierra mojada, estuve mirándola supongo que un largo tiempo. Después me di cuenta de pequeños movimientos en la tela acompañados por un sonido sordo. Ya era de noche cuando me percaté de que el sonido provenía de pies deslizándose por la arena. De noche tuve frío y me di cuenta de dos cosas, que no sentía mis piernas y que antes, durante el día, las había sentido. Salió el sol y durante las horas del mediodía pude darme cuenta de que la tela era la túnica de un hombre que caminaba delante de mí. Una gota de transpiración se deslizó por mi espalda cubierta por siete túnicas; cerré los ojos pero estuve a punto de

caerme y los tuve que abrir. Durante el atardecer ocre supe que a mi derecha y a mi izquierda caminaban otros hombres, idénticos en destino y sufrimiento, y que constantemente se incorporaban otros al cortejo. Esa misma noche, o acaso fue la que le siguió, descubrí, sin que cosa alguna exterior me lo develara, que veníamos del mar de Galilea y caminábamos hacia el sur, hacia los Montes de Judea. Para cuando llegamos a los Montes ya sabía que éramos una multitud, pero fue recién allí que descifré aquello que se extendía hacia arriba: cada uno de nosotros transportaba un largo y pesado madero. A partir de los Montes ya no seguimos en dirección sur sino que lo hicimos hacia el oeste. La arena, debajo de nuestros pies sangrantes, se hizo menos seca. El madero del hombre que iba delante de mí estaba cruzado por otro en forma de cruz, sentí miedo aunque no supe por qué. Al otro día mis ojos, venciendo los blancos resplandores del sol, reconocieron que, clavado a esos maderos, sangraba Jesús, un judío de Nazareth. Cuando llegamos al mar, porque hacia el mar íbamos, comenzamos a caminar hacia el sur de manera paralela a la playa. Esa noche tuve la sospecha primero y la confirmación luego de que cada uno de nosotros llevaba idéntica carga, miles de cruces y Jesuses. Después de confirmar tan macabro transporte llegó a mis oídos un murmullo que sin duda provenía de los Jesuses, tardé tiempo en darme cuenta de que consistía en la repetición continua de cuatro sonidos. Así llegamos al lugar indicado, la brisa del mar refrescaba mi cara cuando los otros empezaron a arrojar desde un desfiladero las cruces al vacío. Las cruces desaparecían con su respectivo y sangrante Jesús amarrado. Cuando llegó mi turno coloqué el madero en el piso y henchí mis pulmones de aire, fue en ese momento que pude comprender lo que decía mi Jesús y los demás Jesuses. Lo

arrojé y escuché por última vez los cuatro sonidos que, unidos, formaban la palabra rebélate.